El arroyo de las madroñeras

Era otoño. Mediados del mes de octubre. Ya los almeces, hayas, robles, nogueras, castaños y moreras, mostraban intensos colores ocres. Todas sus hojas se tañían de color naranja. Puestas de sol en Granada y casi del mismo color que las murallas y torres de la Alhambra. También ya por las noches, el airecillo era fresco, no se oía el croar de las ranas ni el canto de los grillos. Todo y la naturaleza más, se preparaba para la llegada del invierno y las primeras nieve en Sierra Nevada.

Era por la mañana. El fresco del otoño impregnado de olor a hojas secas, a perfume de granadas y setas, lo llenaba todo. El sol se alzaba por encima de las cumbres de Sierra Nevada y las alargadas sombras de castaños, pinos, rocas y cordilleras, se desparramaban por los bosques. Se oía por aquí y por allá, los gritos de algunos mirlos, los chillidos y algarabía de pájaros carpinteros y arrendajos y el escándalo de una pequeña bandada de urracas.

Se le vio caminando por la senda que avanzaba ladera arriba como a lo más alto de la colina. Solo, meditando, mirando a lo lejos y con los recuerdos gritándole en el corazón. Coronó hasta lo más alto y aquí, en un punto concreto, se paró. Conocía bien este lugar desde hacía mucho, mucho tiempo. Y por eso sabía que desde aquí se veía al fondo y a lo lejos, la Alhambra, la ciudad de Granada, Sierra Nevada, algunos lagos y el claro y largo río. Sabía también que este era el mejor sitio para ver el arroyo casi en toda su longitud y cuenca. Lo conocía desde hacía mucho, mucho tiempo y por eso su corazón y parte del alma, palpitaban por estos lugares.

Observó despacio y todo lo fue encontrado tal como lo había imaginado: repleta de madroñeras toda la ladera de enfrente, la umbría que, desde donde estaba caía hacia el surco del arroyo, por donde en la Fuente de los Madroños brotaban las primeras aguas y por donde estas aguas se perdían cauce abajo hacia la Alhambra. Descubrió una vez más que este denso y original bosque de madroñeras, no estaba tenido de ocres otoñales sino de verdes intensos, puros y frescos. Sí vio que de las ramas de todos los arbustos, colgaban mil racimos de madroños ya algunos rojos, otros con tonos amarillos y otros, aún verdes como las hojas de las plantas. Se dijo: “Pronto, también brotarán en estas ramas, las blancas florecillas y todo el arroyo se llenará de perfume a miel y a otoños más profundos.

Miró fijo a un punto concreto del arroyo, donde a un lado y otro las rocas parecían losas pulidas y en el cauce se remansaban los charcos claros y azules. Y ahí, donde una blanca roca tocaba las claras aguas de la corriente, se vio sentado junto a ella. Era también una hermosa y fresca mañana de otoño. Todo en la montaña y por donde corre el arroyo, estaba en calma. Como sumido en un silencio y quietud de eternidad pero al mismo tiempo explotando en belleza y reflejos de hondos universos.

Sentía el calor de su cuerpo, el latido de tu corazón, el aroma de su pelo y los dulces sueños que bullían en el alma. Ella no tendría más de doce años y él más o menos lo mismo. Miraban en silencio el correr del agua del arroyo, rodeados del bosque de madroñeras cargadas de madroños y dejaban pasar el tiempo. Como si más allá de ese momento y lugar, nada existiera.

Dijo él:
- Es como si en nuestros corazones, ahora mismo, tuviéramos la plenitud de todo lo que pueda existir y el alma necesita.
Nada comentó ella a esta reflexión. Pero sí unos minutos después, preguntó:
- ¿Te gustaría que este momento y lugar quedara para siempre en algún sitio grabado tal como ahora mismo es?
- Claro que me gustaría y creo que así va a suceder.

El tiempo corrió, se apagó aquel día y se apagaron muchos otros días que vinieron después. Un amanecer concreto, la muerte también se los llevo a los dos de este suelo. Hoy, esta hermosa mañana de otoño y después de muchos, muchos años, vuelve y desde lo alto de la colina mira para el arroyo. Se ve ahí junto a ella tal como aquel día y hasta le parece que nada ha cambiado aunque el mundo ahora sea otro y nadie por ningún lado sepa de ellos. Por eso de nuevo se dice:

“Aquel sueño, junto a ella en este lugar y en aquel momento, pertenecía a la eternidad y nosotros también. Y como todo fue tan delicadamente puro y bello, seguimos vivos en la dimensión de lo que los humanos llaman cielo. Hoy vuelvo y estoy presente por aquí para recordar aquel momento y tampoco nadie sabe de mí ni de este lugar tan preñado de aguas, silencios y colores de otoño”. Miró a lo lejos y vio la Alhambra, Granada y la Vega y todo le parecía un mundo sin importancia, nimio, vacío y frío. Como una realidad sin sentido y punto diminuto en las profundidades de un cosmo sin límites y por completo desconocido.